

ergástula; Grecia era la tierra de los más sublimes artistas y poetas, de los mayores filósofos y de los más estupendos viciosos, embusteros y trapisondistas que en el mundo han sido. ¡Sublimes modelos clásicos!

Poseedor de una cultura histórica pavorosa y hombre dotado de un alto criterio moral, Gonzalo de Reparaz, viejo ya, embiste contra los fantasmas del pasado con toda la fuerza de su cultura y de su moralidad. Nada hay desconocido para él en la historia; la conoce por el revés y el derecho y sabe lo que hay de verdad en ambos lados del cañamazo. En las páginas del libro resallan como latigazos sus frases lapidarias:

Si se persiste en restaurar el clasicismo, restáurese Esparta. Allí existió el fascismo integral. Había los ilotas, que no eran nada, y sobre ellos dos o tres mil idiotas, que lo eran todo. Entretenidos en matar gente, no tuvieron tiempo de producir ciencia, poesía ni arte. Creo que la civilización europea va, en efecto, a la espartanización total. Ya tenemos en marcha la fecunda idea de la esterilización de los ilotas, nacida en los Estados Unidos. ¡Parece cosa del gran Licurgo, el sabio legislador tan famoso, precursor de nuestros jerarquizantes!

En la cuarta parte de su libro dedica algunas páginas a la cuestión del meridiano intelectual, tema que durante tanto tiempo se discutió entre los escritores jóvenes de Argentina y España. Reparaz, más lógico que los que defendieron el meridiano intelectual madrileño, reconoce que no le basta a España ser España para exigir ese puesto; necesita, ante todo, merecerlo.

Un meridiano intelectual no se decreta sentimentalmente: se gana por la calidad de los productos ofrecidos al respetable público y por la facilidad geográfica de los contactos. Si los de las fábricas de Madrid aventajan a los de las de París, Londres y Berlín en bondad y en facilidades de difusión, de aquéllas será la ponderancia, digan lo que quieran los ultramarinos refractarios. Y si no, no, por más que hagan los patriotas.

La solución no depende de querer, sino de poder. Esa es la verdad, como él lo dice.—*M. R.*

TEATRO

ANGELITA, por *Azorín*.

Azorín piensa que se ha arrancado de la escena española el resorte eficaz que presidió en sus primeros ensayos: lo maravilloso. Podrá argumentarse que tal resorte sólo puede mover la sensibilidad de las minorías egregias. Pero Azorín responde: los autos sacramentales se representaban ante los públicos populares. El positivismo trajo como natural secuela el destierro de lo maravilloso y el apego servil e incondicional a la realidad más rastrera. Los artistas de hoy no reniegan de la realidad Pero es otra la realidad que persiguen. Oigamos cómo el mismo Azorín siente la evolución operada en este tan discutido concepto de realidad:

Se perseguía un realismo feroz, intransigente, y no se tenía en cuenta que por encima de la realidad aparente y tangible existe otra realidad más sutil más verdadera, más eterna. Y esa realidad es la que asoma

ahora en la nueva estética; la que comienza a dominar en el arte; la que ha entrado ya en la poesía lírica y espera entrar en la novela y en el teatro. (Págs. 252 y 253.)

Desde el punto de vista doctrinal el nuevo libro de Azorín (1) es magnífico. El maestro se decide a dar la batalla en regla y, a nuestro juicio, logra convencer porque a los argumentos, claros, precisos, contundentes, suma las obras, discutidas, discutibles, pero honradas, fuertes, serias.

Ya conocemos su ardorosa polémica teatral y su paradójal colaboración con Muñoz Seca. No importa. El autor de *La Voluntad y Confesiones de un pequeño filósofo* continúa siendo el maestro de la nueva sensibilidad española. Desde la Academia sigue, sagitario incansable, disparando cada día hacia un blanco más alto y ejemplarizando con su acción a las jóvenes generaciones.

Andando y pensando, Félix Vargas, *Blanco en azul*, *Superrealismo* son estaciones bien definidas de su nuevo itinerario. Agreguemos todo su teatro en el que habrá que destacar su obra más reciente: *Angelita*.

¿Por qué *Angelita* es un auto sacramental? Azorín no nos lo explica. Pero no es difícil comprender que su esencia de religión y de misterio reside, más que en los personajes mismos, en las fuerzas maravillosas que los mueven, en el anhelo de divinizar derrotando las humanas categorías de tiempo y espacio, superando sus limitaciones para vislumbrar, aunque sea por la leve rendija de un

muro, la eternidad. Viejo anhelo de Azorín que, como en las maravillosas leyendas antiguas o en algún cuento del autor, se consigue con un anillo que el desconocido entrega a Angelita.

Ya en uno de los libros de su primera época nos decía: «Vivir es volver.» Y Ortega y Gasset, comentando el arte exquisito de su amigo, agregaba:

Azorín se llega a las cosas y las para, nuevo Josué del corazón de España.

En su auto sacramental quiere abolir el tiempo y, sin salir del presente, conocer el futuro instalándose en él como en una casa en donde trascurriera nuestra existencia. Es la misión de Angelita. El zafiro del descorocido le sirve para vivir las etapas más variadas y contradictorias de la vida. Y tras el conocimiento vivo que adquiere Angela de todas las Angelas posibles, las Angelas que ella misma ha sido sin dejar de ser la Angela que era, la heroína elige el sendero de la humildad. Todo su ideario—si cabe hablar de ideario en una mujer que es sensibilidad pura—se resume en tres palabras: bondad, fe, amor.

Azorín, tan aficionado en el último tiempo a los prólogos y aclaraciones doctrinales, pone a esta obra unas palabras atinadísimas que fijan la verdadera posición del autor dentro de la escena contemporánea.

Abona sus propias palabras un testimonio ilustre: el de Nicolás Evreinoff, gran director de teatros y autor dramático ruso. En obra reciente, que Azorín comenta en las

(1) *Angelita*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1930.

páginas finales de su libro, se refiere a la acción renovadora y enérgica de los aficionados teatrales de su país en un ambiente en que los artistas profesionales significaban el apego a la rutina omnipotente y convencional. El título del libro de Evreinoff que Azorín comenta es bien expresivo: *El teatro en la vida*. Y el del capítulo en que desarrolla y fundamenta sus observaciones: *Una lección a los profesionales*. El autor basa en su propia experiencia de autor y director y en ciento setenta años de escena rusa sus sabias y siempre oportunas meditaciones.

Y tal como el genial director ruso pensaba del arte dramático, nuestro autor español concebía y realizaba desde lo alto de la meseta castellana. Todo un pueblo, Monóvar, se interesa en los ensayos de su autor y una selecta minoría de amigos acepta animar los personajes del auto sacramental. Y así Adelita Tortosa, hija de un poderoso industrial de la región acepta encarnar la figura dulce de Angelita asomada al misterio. Nunca los profesionales pusieran en una obra en la que ven motivo de lucimiento personal el amor que estos aficionados que, en cada ensayo, comprendiendo y sintiendo la vida profunda de los símbolos que encarnaban y animaban hacían crecer la obra, inyectándole nuevas significaciones, ante los ojos asombrados del autor.

El mismo Azorín lo cuenta:

El estupor de Adelita Tortosa al leer el papel que va a representar; su miedo instintivo; sus bellos ojos llenos de expresión; sus finas manos sensitivas. El banquito de carpintero

de su padre; banquito allá en lo pretérito de veinticinco años; el banquito que se convierte, en el transcurso de ese tiempo, en tres grandes fábricas situadas en distintos puntos de España. Ya no sierra tablones Carlos Tortosa; ahora taja montañas; las taja para sacar de ellas bellos mármoles rojos, negros, blancos, con vetas verdes, negras, rojas. Y las grúas eléctricas que levantan bloques enormes, en silencio; suavemente; las máquinas más perfectas que van serrando los enormes pedruscos. La voluntad y la perspicacia del padre que renacen en la hija. Adelita, ya dueña de su papel. Adelita, tan candorosa y tan tenaz. La tenacidad del candor, que es la más formidable tenacidad; tenacidad sin desmayos ni dudas. La sonrisa de Adelita; sus dientes blancos en lo trigüeño de la tez; las manos, que, a veces, se refriegan una con la otra suavemente, con movimientos de nerviosidad y de impaciencia. En la escena, entre los pensamientos y las sensibilidades de todos estos intérpretes ocasionales de la obra, Adelita y Paco Navarro como representantes de la evolución de la ciudad; Paco Navarro, que con su hermano Silvino, manda millares y millares de cajas por el mundo: irradia desde su fábrica—la segunda o tercera de España en su género—muchedumbre de cajas formadas con ligero pino. (Págs. 10, 11 y 12.)

Pero el autor ha de escribir su obra con la ambición de vencer al tiempo y al espacio. La bondad de Angelita ha de ser un símbolo eterno. El auto sacramental ha de operar la milagrosa supervivencia sobre los estragos del tiempo que pasa.

Y estrenada la obra, el tiempo que comienza su labor destructora; hacinamiento de imágenes que van a ser juguetes del tiempo; lo pretérito que se anuncia; el terrible pretérito, los días y los años que van a pasar;

la ciudad que va a seguir su evolución; otros hombres y otras mujeres que van a sucederse. Pero inmortal, indeleble, por encima de todo, sujeta con todas nuestras fuerzas; la sonrisa de Adelita Tortosa; Adelita, que sonríe con candor; Adelita, que es el símbolo, como la Angela de la comedia, de la eterna bondad humana que vence al tiempo y al espacio. (Pág. 12.)

No ha de pasar tan fácilmente el tiempo sobre los intentos dramáticos de Azorín. Representan ellos el esfuerzo mas honrado de los últimos tiempos por renovar la escena española que languidece entre los patios andaluces de los hermanos Alvarez Quintero, las honorables comedias burguesas de don Manuel Linares Rivas y el agudo ingenio femenino de don Jacinto Benavente. Acaso podrá reprocharse a Azorín que su teatro es demasiado intelectual, demasiado de libro. Pero en ese reproche está su más alto elogio. Otro tanto puede decirse, y se ha dicho, de las comedias bárbaras de don Ramón del Valle Inclán y de las tragedias desnudas de don Miguel de Unamuno.

Porque en el drama como en el ensayo, en el discurso académico como en la interpretación de un poeta o de una época, Azorín será siempre el maestro de la nueva sensibilidad española. Porque la novedad de Azorín significa clasicismo, norma, equilibrio, aspiración de lo temporal a lo eterno.—*Roberto Meza Fuentes.*

POLITICA

DOS DISCURSOS Y DOS ARTÍCULOS,
por *Miguel de Unamuno.*

El enérgico heroísmo civil de don Miguel de Unamuno puesto a prueba durante seis años en una tensión de superación perenne en las jornadas de Fuerteventura, París y Hendaya, ha dado su vibración de tensión máxima en el hogar patrio. No puede negarsele grandeza ni integridad al pensador de Salamanca. En estas sus prédicas laicas su figura se ha magnificado hasta tomar los contornos místicos del profeta o de los grandes iluminados de la historia. Ha insultado, ha imprecado, ha desahogado en lenguaje de lava los sedimentos últimos de lo que él llama «mi pleito personal». Pero en ese pleito personal se ventilaba la causa misma de la españolidad que ha tenido siempre en Unamuno su adalid más quijotesco y generoso.

Sus artículos del destierro y sus discursos de Madrid que recoge este libro (1) son acaso el documento más resonante en todo el proceso de la dictadura española. Unamuno no se detiene en las superficies y las apariencias sino que penetra hasta el corazón del problema y traza su diagnóstico con inflexible severidad. Su profesión de filósofo le ha obligado a decir siempre la verdad y sólo la verdad. Catedrático de griego, no ha podido conformarse con traducir los eximios textos clásicos y explicar

(1) *Historia Nueva*, Madrid 1930.